
NAZISMO Y HOLOCAUSTO EN LAS PERCEPCIONES DEL CATOLICISMO ARGENTINO (1933-1945)¹

Daniel Lvovich² y Federico Finchelstein³

Palabras clave

Argentina,
Holocausto,
Iglesia católica

Recibido

9-4-2015

Aceptado

17-4-2015

Resumen

En este trabajo estudiamos los modos en que las distintas expresiones del catolicismo de la Argentina consideraron –en su época– el exterminio de los judíos europeos. El análisis del modo en que, en primer lugar, las versiones y, en segundo término, las noticias confirmadas sobre el Holocausto fueron consideradas por los distintos voceros del catolicismo argentino constituye un caso límite para la comprensión de la dimensión del antisemitismo de estos sectores. Por otra parte, el examen de las muy diferenciadas actitudes del mundo católico al respecto puede contribuir a la comprensión de las diversas posiciones políticas que conformaban dicho ámbito, en particular a la consideración de sus posiciones frente al nazismo y a la Segunda Guerra Mundial, así como a la ponderación del grado de “romanización” de la Iglesia Católica de la Argentina, y de las disputas entre los sectores más conservadores y más liberales del mundo católico.

Key words

Argentina,
Holocaust,
Catholic Church

Received

9-4-2015

Accepted

17-4-2015

Abstract

This paper analyzes the multifaceted Argentine Catholic reception of the extermination of the Jews of Europe. The paper deals with the ways in which Argentina's Catholicism first received the rumors, and then the confirmed news of the Holocaust. This Catholic reception constitutes a limit case for the historical understanding of the role of antisemitism in Argentine Catholic circles. We argue that the examination of the distinctive reactions of the Argentine Catholic world can also contribute to a more complex understanding of Argentine Catholicism vis-à-vis Nazism and the Second World War as well as to the degree of “Romanization” within the Argentine Catholic Church and the disputes these positions engendered in liberal and conservative Catholics sectors.

En los últimos años se ha analizado profundamente la postura de la Iglesia Católica frente al Holocausto, en particular las actitudes asumidas por el Vaticano y el catolicismo alemán. Asimismo, se ha estudiado ampliamente la recepción, en los

1 Una primera versión de este trabajo fue publicada con el título: L'Holocauste et l'Église d'Argentine. Perceptions et Réactions (1933-1945). En: *Bulletin trimestriel de la Fondation Auschwitz*, n° 76-77, Bruselas, julio - diciembre de 2002.

2 CONICET y Universidad Nacional de General Sarmiento. Instituto del Desarrollo Humano, oficina 5111. J.M. Gutiérrez 1150, 1613 Los Polvorines, Buenos Aires, Argentina. dlvovich@ungs.edu.ar.

3 New School for Social Research; Committee on Historical Studies. The New School for Social Research. 80 Fifth Avenue, 5th floor, New York, NY 10011, USA. finchelf@newschool.edu.

diversos contextos nacionales, de los fenómenos históricos relacionados con la política nazi de exterminio de los judíos europeos. Estos estudios conforman dos complejas líneas historiográficas que no han sido vinculadas en profundidad. En este trabajo nos proponemos analizar los modos en que las distintas expresiones del catolicismo de la Argentina consideraron –en su época– el exterminio de los judíos europeos. El análisis del modo en que, en primer lugar, las versiones y, en segundo término, las noticias confirmadas sobre el Holocausto fueron consideradas por los distintos voceros del catolicismo argentino constituye un caso límite para la comprensión de la dimensión del antisemitismo de estos sectores. Por otra parte, el examen de las muy diferenciadas actitudes del mundo católico al respecto puede contribuir a la comprensión de las diversas posiciones políticas que conformaban dicho ámbito, particularmente a la consideración de sus posiciones frente al nazismo y a la Segunda Guerra Mundial, así como a la ponderación del grado de “romanización” de la Iglesia Católica de la Argentina.

Los acontecimientos europeos, y entre ellos la política antijudía de los nazis, proporcionaron a los distintos actores de la vida política argentina un prisma para interpretar la realidad nacional. Los sucesos europeos influían en la realidad argentina de variadas formas. La guerra mundial desencadenada por el nazismo cambió gradual pero efectivamente el panorama político del país, articulando en los distintos sectores internos nuevos reacomodamientos y nuevas tomas de posición.

Con la llegada de Hitler al poder en 1933, comenzó la puesta en marcha de un proceso de victimización de los judíos alemanes que posteriormente incluiría a la totalidad de los judíos europeos. El exterminio sistemático de aproximadamente seis millones de judíos fue el resultado de un proceso gradual que –como señaló Raul Hilberg– abarcó diferentes fases que se inscriben en un marco cronológico de medidas que se tornaron sucesivamente más extremas: una primera fase de definición legal de las futuras víctimas, que comenzó en 1933 y que encontró su expresión más conocida en las leyes raciales de Nüremberg promulgadas en 1935; una segunda fase en la cual se ejecutó la expropiación económica de las víctimas; una tercera fase, que coincide con el comienzo de la guerra, en la que los judíos fueron deportados y concentrados en ghettos o en campos de concentración; y desde 1941 una fase final de exterminio, llevado a cabo primero mediante operaciones móviles de asesinato de los judíos en el territorio de la Unión Soviética ocupado por los nazis y luego en campos de exterminio (Hilberg 1985, p. 51). Las primeras tres fases de este proceso fueron seguidas por oleadas de emigración de refugiados judíos, mientras en la última se combinó la prohibición nazi a la emigración judía con las políticas de restricción al ingreso de refugiados asumidas por los países tradicionalmente receptores de inmigración, incluida la Argentina (Senkman 1991, p. 9; Rissech 1986).

Aunque eran difíciles de imaginar y, a menudo, los datos se presentaban de manera deformada o incompleta, el conjunto del proceso de exterminio era extensamente conocido y entendido en Alemania y fuera de ella casi simultáneamente a su desarrollo⁴.

4 Respecto de Alemania, ver los sugestivos trabajos de Bankier (1990, 1994). Para un marco más general, ver Breitman (1998).

En este sentido, el caso argentino no resultó una excepción. El conocimiento que la Cancillería argentina tenía sobre estos sucesos ha sido analizado recientemente, sobre la base de los informes de distintos diplomáticos destacados en Europa (Feierstein y Galante 1999).⁵ Sin embargo, a través de los relatos de los mismos refugiados, de las noticias suministradas por la prensa y de otros canales de información, la sociedad argentina tuvo la posibilidad de conocer los sucesos relativos al Holocausto, mientras los acontecimientos se desarrollaban. Este fenómeno, al igual que las reacciones que ello generó en nuestro país, ha merecido una escasa atención académica.⁶

En este contexto, el análisis de las informaciones y opiniones sobre el nazismo en general y sobre el Holocausto en particular vertidas por los intelectuales y la prensa católica resulta sumamente relevante, si tenemos en cuenta que durante las décadas de 1930 y 1940 la Iglesia Católica logró extender su influencia sobre la sociedad y consiguió obtener una inédita identificación de muchos argentinos y del poder político con el catolicismo (Zanatta 1996, pp. 155 y ss.; Caimari 1995, p. 48; Romero, 1999). Las percepciones católicas de este fenómeno permiten apreciar, a partir de sus coincidencias y sus disidencias con la política antijudía de los nazis, el lugar que el antisemitismo y la victimización del percibido enemigo ocuparon en el proyecto ideológico del catolicismo, proyecto que en gran medida fue gradualmente adoptado primero por el Ejército y luego por el Estado.

EL ASCENSO DE HITLER AL PODER Y LOS CATÓLICOS ARGENTINOS

Desde antes de la llegada de Hitler al poder, la revista *Criterio* había manifestado su rechazo al nazismo. El carácter pagano de su doctrina, la pretensión de establecer un Estado que no reconociera límites a su intervención en la sociedad y el racismo que imbuía al movimiento merecieron la severa crítica del semanario.⁷ Tal postura no resultaba sorprendente si se considera la perspectiva sostenida por el director de la publicación, Monseñor Gustavo J. Franceschi, quien censuró en repetidas ocasiones los regímenes que caracterizaba como *estatólatras*, y en particular el nazismo por su carácter pagano y racista (Franceschi 1940; 1945). Sin embargo, no fueron pocas las ocasiones en las que en la prensa católica se elogiaba al régimen de Hitler –pese al neopaganismo, el racismo y el explícito anticristianismo– por sus políticas antiliberales y particularmente por su persecución al comunismo.⁸ Tal ambigüedad llegaba hasta el

5 Aspectos parciales de esta situación habían sido anteriormente estudiados por Senkman (1991b). Para un análisis general de la política diplomática argentina ver Escudé 1983; Rapoport 1981, 1988.

6 Una excepción al respecto son los trabajos de Graciela Ben-Dror (1993, 1996) en los que analiza aspectos puntuales de la recepción por los católicos argentinos del proceso de exterminio.

7 Julio Fingerit, 1932. Ingredientes del Hitlerismo. *Criterio*, 4 de agosto, pp. 107-109.

8 Gustavo Franceschi, 1937. El Comunismo en el senado. *Criterio*, 7 de enero; Luis Barrantes Molina, 1933. Hitler. *El Pueblo*, 4 de febrero; Sag, 1935. La República Argentina no quiere más judíos. *El Pueblo*, 23 de agosto; y Sigfrido, 1935. Un discurso de Hitler. *El Pueblo*, 14 de septiembre.

nivel de los obispos, actitud que se mantuvo aún tras 1937, cuando la Encíclica papal *Mit brennender Sorge* había condenado el régimen de Hitler, aunque sin hacer referencia a la persecución antisemita. Mientras la revista diocesana de Córdoba concedió amplio espacio a los documentos vaticanos referidos a la persecución de la Iglesia en Alemania, la de Buenos Aires evitó la profundización del tema. Al respecto, resulta significativa la falta de respuesta del arzobispo Copello ante el pedido de Acción Argentina para que interviniera debido a la frecuencia con la que sacerdotes católicos elogiaban desde el púlpito los regímenes fascistas.⁹ Aunque en la prensa católica el tono hacia Hitler era crítico, "... muchos militantes católicos pudieron seguir enarbolando el nazismo como su propia bandera. Esto, por ejemplo, quedó claro el 1º de mayo de 1941, cuando los asistentes a la manifestación nacionalista, luciendo distintivos de la ACA, vivaron a Cristo Rey, Rosas y Hitler" (Zanatta 1996; McGee Deustch 1999, pp. 240-244).

En abril de 1933, Gustavo Franceschi visitó la Alemania hitlerista. El director de *Criterio* compartía con la práctica totalidad del catolicismo argentino una perspectiva cerradamente antiliberal, mientras su caracterización del comunismo alcanzaba perfiles apocalípticos. En su juicio sobre la situación alemana, a pocos meses del ascenso al poder de Hitler, ambos enemigos de la Iglesia eran considerados la causa de la implantación del nazismo:

La razón universal de la crisis que en Alemania es tremenda en todos los sentidos y en todos los órdenes de la vida: y a ella se ha sumado la amenaza del bolchevismo. La necesidad de hacer algo para remediar la primera y el terror ante los indiscutibles progresos del segundo han incitado a muchas personas a adoptar los métodos dictatoriales. ¿Tendrán ellos eficacia? ¿Se justifica su adopción? ¿La forma hitleriana toma en cuenta los factores esenciales del problema?¹⁰

En el marco de su reflexión sobre la problemática alemana, la persecución a los judíos ocupaba para Franceschi un lugar central. Según el director de *Criterio*, la propuesta política del nazismo no tenía como marco de referencia una "reivindicación histórica" relacionada con un mito nacional, como en el fascismo, sino una "reivindicación étnica: y este ha sido el motivo, o si se quiere el pretexto, de la persecución a los judíos". Tal persecución era considerada como un método empleado para satisfacer a la población ante la falta de cumplimiento de las promesas de mejoras sociales y económicas, por lo que entendía que era más tolerada que impulsada por el régimen nazi. Es importante notar que, en coincidencia con sus interlocutores eclesiásticos alemanes, la principal preocupación del sacerdote se relacionaba con que los perseguidos no eran sólo los judíos sino también, y sobre todo, aquellos judíos convertidos al catolicismo.¹¹

9 1940. Reclamación de Acción Argentina ante el Arzobispo. *Alerta*, 5 de noviembre, p. 2.

10 1933. *Criterio*, 18 de mayo, pp. 149-152. El artículo de Franceschi fue reproducido por *Mundo Israelita* el 27 de mayo de 1933, p. 1 y en diarios judíos de Nueva York, Varsovia, Montreal, Bruselas y Londres entre otras ciudades. 1933. *Judaica*, año I, n° 6, diciembre, p. 241.

11 Para la Iglesia católica alemana y para el Vaticano éste era sobre todo el aspecto preocupante de las persecuciones. En una carta escrita en los primeros meses del nazismo, el cardenal Pacelli, el futuro papa Pío XII, sostenía la misma preocupación con casi idénticas palabras (Friedländer 1998, pp. 42-43).

Otro viajero que recorrió Alemania en los primeros tiempos del régimen nazi fue Monseñor Miguel de Andrea. Los nacionalistas argentinos resultaron complacidos al poder publicar las declaraciones de una figura tan influyente e identificada con las posturas más liberales del catolicismo como la de de Andrea, quien al opinar sobre la situación política alemana manifestó en 1934 que: "... se complacía en haber encontrado el máximo orden y tranquilidad en todo el país, impresión esta que había contribuido a que su entusiasmo por Alemania fuera completo"¹². Miguel de Andrea no se refirió en la ocasión a las primeras políticas antisemitas del régimen nazi, lo que contrastaría con sus posteriores repudios a las persecuciones y al exterminio de los judíos europeos.

En el diario *El Pueblo*, vocero del Arzobispado de Buenos Aires¹³, las posiciones sustentadas con anterioridad al ascenso de Hitler al poder resultaban sumamente ambiguas. Por un lado, se publicaban colaboraciones que alertaban sobre la posibilidad de que el pueblo alemán cayera víctima de las "garras de la represión de Hitler" y se criticaba su antisemitismo, advirtiendo contra el peligro de que se produjeran "excesos contra los judíos y un éxodo de banqueros e industriales judíos de Alemania y de los capitales que se llevarán del país".¹⁴ Paralelamente, en sus páginas resultaba permitido que se aportasen "pruebas del satanismo hebreo", recurriendo al *Mein Kampf* de Hitler.¹⁵

Igualmente ambiguo resultó el editorial publicado en el diario católico en ocasión del ascenso de Hitler al poder. Allí se consideraba al *Führer* una figura política admirable, que condensaba en sí los mejores rasgos espirituales germánicos, pero se le reprochaba, en cambio, su racismo y estatolatría. Ello no impedía que se entendieran sus reivindicaciones como una "justa aspiración patriótica" y se aplaudiera su combate contra el marxismo y se afirmara que:

Hitler, como Mussolini, representan, por ahora, la reacción de la autoridad y del nacionalismo contra la tendencia enervante, suicida, disolvente y desastrosa de las ideas revolucionarias, socialistas, ácratas y libertinas, que han sido engendradas por el liberalismo. La libertad excesiva y extraviada, que prescinde de Dios y de las leyes de la conciencia, produce la dictadura como un medio terapéutico y profiláctico al que recurren instintivamente los pueblos impulsados por la necesidad de vivir.¹⁶

12 1934. Las impresiones de Monseñor de Andrea sobre Alemania. *Crisol*, 7 de agosto, p. 1.

13 A fines de 1932, los obispos manifestaron la necesidad de difundir *El Pueblo*, invitando a los párrocos y a las congregaciones a intensificar su divulgación. El Obispo de Córdoba emitió en noviembre de 1932 una nota pastoral sobre la "buena prensa" en la que se certificaba la ortodoxia del diario, multiplicándose en los años siguientes los documentos episcopales en los que se reconocía el carácter oficial del diario. Finalmente, la bendición que ese mismo noviembre de 1932 le envió Pío XI consagró definitivamente su ortodoxia (Zanatta 1996, pp. 132 y 209).

14 1932. *El Pueblo*, 3 de enero, p. 6.

15 Es lo que hizo A. Herrera, procurador general de San Juan, en: 1932. Patria y Comunismo. *El Pueblo*, 22 de julio (Zanatta 1996, p. 104).

16 1933. Luis Barrantes Molina. Hitler. *El Pueblo*, 4 de febrero, p. 5.

Sin abandonar su condena doctrinaria al nazismo y su reprobación de las políticas antisemitas del régimen, Gustavo Franceschi justificaría en septiembre de 1933 el clima de odio a los judíos imperante en Alemania al inventariar las “traiciones semitas” al pueblo alemán: el tratado de Rapallo concertado “por el judío Rathenau con los vencedores triunfantes de Versalles”, el carácter judío de los espartaquistas, la “invasión demográfica” de judíos de Europa central y Finlandia, el predominio israelita en vastas áreas de la vida alemana y el “imperialismo económico” de los hebreos.¹⁷ Estas afirmaciones de Franceschi no eran el resultado de un análisis meramente coyuntural, sino la consecuencia de una percepción del “problema judío” ampliamente extendida en la Iglesia, legitimada en la autoridad de Santo Tomás de Aquino y actualizada mediante las intervenciones de la década de 1920 de Jacques Maritain.¹⁸ Los judíos no sólo eran estigmatizados por Franceschi como deicidas, sino también considerados –en una perspectiva que asumía los tonos conspirativos del antisemitismo político contemporáneo– responsables tanto del capitalismo cuanto del comunismo. Pese a que Franceschi consideraba a los judíos como una raza, no veía en ello la causa de los males del judaísmo –redimible a través de la conversión al catolicismo– sino en el carácter que atribuía a los israelitas: constituir un grupo inasimilable y solidario que conspiraba en toda nación en que se asentara para adueñarse de los resortes de la economía, promover los movimientos revolucionarios y desmoralizar a las sociedades. De tal modo, el sacerdote entendía que en el propio accionar de los judíos –inescindible de su existencia como grupo– se encontraba la causa del antisemitismo. Por ello proponía enfrentar el “problema judío” a través de la “solución cristiana”: separarlos de la sociedad cristiana y mantenerlos en una situación de subordinación.¹⁹

17 1933. Gustavo Franceschi. Antisemitismo. *Criterio*, 7 de diciembre, pp. 317-321. Las posiciones de Franceschi, que extendía un análisis similar para el caso argentino, desataron una polémica con la revista *Judaica*. Cf. A. L. Schusheim, 1933. ¿Hace falta un problema judío en la Argentina? (A propósito de un artículo de Monseñor G. Franceschi), *Judaica*, año I, n°6, diciembre, pp. 243-255; Gustavo Franceschi, 1934. Antisemitismo, *Criterio*, 11 de enero, p. 33-34; S. Grach, 1934. Una observación a Monseñor G. J. Franceschi, *Judaica*, año I, n°7, enero, pp. 92-94.

18 En los textos de los católicos argentinos sobre la “cuestión judía”, eran habituales las referencias a Santo Tomás y su *De regimine judaeorum* y a la “Nota sobre la Cuestión judía” de Jacques Maritain, presentada originalmente en la Semana de Escritores Católicos de París en 1921 y reproducida por *Criterio* el 9 de agosto de 1934. Tras el cambio en las orientaciones de Maritain, sus posiciones sobre la solución pluralista al problema judío fueron criticadas por Franceschi en razón de “la divergencia fundamental que existe, sobre las bases mismas de la civilización, entre los grupos hebreos y los que no son de esa raza.” Gustavo Franceschi, 1939. El Problema judío, *Criterio*, 1 de junio, pp. 101-105. Las posiciones pluralistas de Maritain, 1938a; 1938b.

19 Aunque a lo largo de la década de 1930 Franceschi defendió estas posiciones, la reflexión más sistemática del sacerdote se desarrolló en seis notas consecutivas publicadas en 1939. Gustavo Franceschi, 1939. El Problema judío, *Criterio*, 1, 8, 15 y 22 de junio y 6 y 13 de julio. Pese al carácter de sus afirmaciones, el antisemitismo de Franceschi resultaba sumamente moderado en el contexto del catolicismo argentino de las décadas de 1930 y 1940 (Lvovich 2003).

A lo largo de la primera mitad de la década de 1930, la posición de *Criterio* frente al nazismo se mantendría: censuraría al régimen y en particular sus persecuciones a los católicos y sus prácticas anticristianas, reproduciría al respecto los documentos de condena del papa y los Episcopados alemán y austríaco²⁰ y llegaría a afirmar sobre la ley de esterilización que estaba llevando la herejía a sus últimos extremos, ya que “con la intervención sangrienta del Estado en los cuerpos se salva la última etapa del totalitarismo político, que hasta ahora ni siquiera Rusia se había animado a franquear”.²¹ Si el antisemitismo era condenado en ocasiones, ello no obstaba para que se considerara que las protestas israelitas eran desproporcionadas en relación al despojo de que eran víctimas los judíos alemanes.²²

LAS LEYES RACIALES, LA NOCHE DE LOS CRISTALES Y LA IGLESIA

Pese al antirracismo declamado por los medios católicos, en ocasión de dictarse las leyes raciales de Nüremberg –que en contradicción con la doctrina católica prohibían los casamientos entre cristianos y judíos bautizados– la Iglesia argentina, en coincidencia con la postura silenciosa del Vaticano, no consideró oportuno realizar comentario alguno. *El Pueblo* se limitó en la ocasión a informar que en esa ciudad se había realizado un congreso del Partido Nacional Socialista. Poco tiempo después, en 1936, Julio Meinvielle citó las palabras de un eclesiástico polaco con quien coincidía en que las leyes raciales de Nüremberg se encontraban “bajo muchos conceptos en plena concordancia con las instituciones apostólicas” (Buchrucker 1987, p. 157).²³

En 1937 tras la publicación de las Encíclicas *Mit brennender Sorge* y *Divini Redemptoris* –esta última difundida por Pío XI para denunciar “el comunismo ateo” como el principal peligro para la Iglesia–, el diario católico de Buenos Aires continuaba empleando un discurso sumamente moderado frente al nazismo y se anticipaba incluso en términos explícitos a la que luego sería la línea política más amistosa hacia el nazismo que adoptaría Pío XII²⁴, postulando la posibilidad de que la Iglesia se convirtiera en

20 1934. *Criterio*, 1 de febrero, pp. 108; 1934. 1 de marzo, pp. 197-201; 1934. 30 de agosto, pp. 429-430.

21 José Assaf, 1934. La ley alemana de esterilización, *Criterio*, 11 de enero, p. 34-36.

22 Gustavo Franceschi, 1933. Antisemitismo, *Criterio*, 7 de diciembre, pp. 317-321.

23 Julio Meinvielle citado en Buchrucker (1987, p. 157). Julio Meinvielle fue uno de los sacerdotes más fanáticamente antisemitas, a la par que uno de los teóricos católicos más influyentes sobre el fascismo argentino, en cuyas publicaciones era un permanente colaborador. Creador de una verdadera teología antijudía en la que el nazismo –del que pretendía diferenciarse en términos de la condena a su paganismo– se justificaba a la luz de una economía de la salvación en la que le reservaba la victoria sobre el comunismo ateo, sostenía: “... que desde Moscú se dirija la satanización de los pueblos por el comunismo no puede haber duda; y de que en Moscú sean los judíos los que gobiernan y dirigen esta campaña tampoco puede haber duda ninguna. El discurso de Alfredo Rosenberg, pronunciado en la Asamblea del Partido Nacional - Socialista en Nüremberg, el año 1936, es una pieza documental de valor extraordinario” (1937, p. 65). Su texto antisemita más sistemático fue *El judío* (1936).

24 Existe un consenso historiográfico mayoritario, pero no absoluto, sobre el hecho de que la *Realpolitik*

aliada del régimen alemán –si este realizaba algunas concesiones– en un frente común contra el comunismo:

El nazismo, que se ha pronunciado como vanguardia del movimiento antibolchevique, debe reconocer que ya mucho antes de su aparición la Iglesia había roto armas contra esta nefasta doctrina, (...) y antes de combatirla le corresponde estimularla y ayudarla en su misión espiritual, porque ella le preparará los mejores cuadros y la mejor defensa contra los gérmenes de la disolución social. Impone esta actitud, quizá, la revisión de algunas leyes y de algunos métodos de lucha, pero asegura a Alemania la unidad espiritual única que puede dar la concordia y pacificación necesaria al cumplimiento de los fines que se han prefijado los jefes de este movimiento restaurador del antiguo imperio.²⁵

En marzo de 1938, la Iglesia argentina criticó la anexión de Austria al Reich a través de su vocero oficioso. Como ha señalado Graciela Ben-Dror, tal censura no implicó, sin embargo, que la Iglesia se comprometiera con la problemática de las persecuciones antijudías que motivó la invasión, ya que en sus opiniones al respecto compartían buena parte de los argumentos antisemitas alemanes (Ben-Dror 1993, p. 88).

Como a lo largo de toda la década de 1930, en ocasión de la Conferencia de Evian de 1938 –en la que se trató el problema de los refugiados judíos europeos–, la Iglesia argentina, a través de sus distintos voceros, manifestó su oposición a que el país abriera sus puertas a los israelitas. Intentando ubicarse en una posición diferenciada tanto de las tendencias profascistas del nacionalismo cuanto del liberalismo, Franceschi argumentaba que la admisión de refugiados judíos impactaría negativamente sobre la homogeneidad espiritual de la nación, requiriéndose por lo tanto una política de profilaxis que evitara su ingreso a la Argentina, sin por ello abandonar la condena a las persecuciones raciales y religiosas de que eran víctimas en Europa. Los voceros del catolicismo argentino sostendrían su rechazo al ingreso de refugiados judíos al país a lo largo de toda la década, posición que compartieron no sólo con los nacionalistas sino con la totalidad del arco conservador y los gobiernos de esa orientación (Senkman 1991a).

La noche de los cristales del 9 y 10 de noviembre de 1938 –que marca una nueva etapa en la victimización de los judíos del Reich– no mereció el menor comentario de *El Pueblo*, que se limitó a reproducir los cables de las dos agencias internacionales a las que estaba adherido: la francesa Havas y la alemana Trans Ocean.²⁶ En cambio, la *Kristalnacht* motivó un severo editorial de Franceschi en *Criterio*, en el que manifestaba su horror “...ante la barbarie desencadenada en Alemania contra los hebreos” y destacaba el carácter estatal y organizado de las agresiones.

de Pío XII privilegió la preservación de la Alemania nazi como un potencial aliado contra el comunismo en detrimento de la denuncia de las políticas genocidas del Estado alemán (Friedländer, 1964).

25 1937. La situación de la Iglesia en el Reich. *El Pueblo*, 8 de mayo, p. 8.

26 La Comisión Investigadora de actividades antiargentinas denunciaría que la agencia alemana no facturaba sus servicios a los diarios que servía y que empleados de Trans Ocean colaboraban de manera gratuita en *El Pueblo*. Ver *Diario de sesiones de la cámara de Diputados*. 17 de septiembre de 1941. Informe n° 3, Comisión investigadora de Actividades Antiargentinas, pp. 649 - 650.

No creo que en los dos mil años de nuestra era se haya visto algo semejante. Un muchacho polaco de diez y siete años, enceguecido por la persecución que aflige a sus padres en el Reich, mata a un miembro de la embajada alemana en París. ¿Qué tienen que ver con ello los israelitas de Alemania? Evidentemente nada. Sin embargo, se desencadena contra ellos la ferocidad: destrúyense sus hogares, golpéanse sus mujeres, destrózanse sus casas de comercio, incéndianse sus sinagogas, profánanse sus libros sagrados que son también nuestros, mátanse en cantidades indeterminadas; y todo ello se realiza por organismos oficiales, bajo los ojos complacientes de la policía, y el *pogrom* monstruoso continúa hasta que el gobierno ordena el cese.²⁷

El enérgico repudio de Franceschi no implicó, sin embargo, que abandonara su discurso de culpabilización de los judíos, ya que consideraba el desarrollo de los sucesos como una respuesta –injusta y desproporcionada– a “los anteriores abusos hebreos”, considerando que su propia posición era equilibrada: “Así como luchamos y con razón, contra todo predominio israelita, así también nos levantamos contra todo exterminio, material o moral, de una estirpe”.

Tras la *Kristalnacht*, la comunidad judía de la Argentina decretó una semana de duelo en solidaridad con sus correligionarios alemanes, que recibió la solidaridad de la Iglesia Anglicana de Buenos Aires, aunque no la de la Iglesia Católica.²⁸ En el masivo acto organizado en la misma semana por la Liga Argentina por los Derechos del Hombre en repudio a las persecuciones del régimen nazi, la Iglesia Católica Argentina tampoco hizo oír su voz, a diferencia de las Iglesias Anglicana y Escocesa de Buenos Aires.²⁹

GUERRA Y EXTERMINIO

El comienzo de la Segunda Guerra Mundial abrió nuevas posibilidades al régimen nazi en relación con su política antijudía. Fue en el contexto de esa guerra cuando la política de exterminio comienza a ser avizorada. Más allá de la radicalidad de la política antijudía desarrollada durante los seis años previos de gobierno nacionalsocialista en Alemania, la guerra promovió un nuevo *turning point*: una ampliación de la persecución a los judíos de los países ocupados, una “atmósfera no pública” y una situación de atomización de la información, y una considerable disminución de las consideraciones de política exterior que los nazis vieron como una “oportunidad única” (Aly 1999; Browning 2000). Durante la Guerra disminuyeron los canales de información habituales y, por esta razón, adquirieron mayor importancia aquellos que se mantuvieron: el espionaje, los diplomáticos y los periodistas de los países neutrales. Argentina contaba con las dos últimas categorías, pues fue el último país americano en declararle la guerra a la Alemania de Hitler. Otro importante canal de información era el estrecho vínculo entre la Iglesia argentina y el Vaticano, en especial la relación entre el episcopado y

27 Gustavo Franceschi, 1938. La Bestia Enfurecida, *Criterio*, 17 de noviembre. El editorial de Franceschi fue reproducido en *Mundo Israelita*, 26 de noviembre de 1938., p. 1.

28 1938. *La Nación*, 22 de noviembre, p. 10; 1938. *Mundo Israelita*, 19 de noviembre, p. 1.

29 1938. *Mundo Israelita*, 3 de diciembre, p. 1.

monseñor Pacelli, que antes de convertirse en Pío XII en 1939 había visitado Buenos Aires en ocasión del Congreso Eucarístico Internacional de 1934. El Vaticano –y en particular Pío XII– estaba mejor informado que nadie sobre los sucesos, ya que a través de las diversas Iglesias nacionales contaba con una estrecha red de informantes en toda la Europa nazi, en especial en Francia, Alemania, Austria y Polonia (Laqueur 1980, p. 55; Marruz 1989, p. 180). De acuerdo con la política oficial de Pío XII, la persecución de los judíos no fue considerada por Copello algo digno de ser mencionado “en estas horas difíciles por que atraviesa la humanidad”³⁰.

Para muchos católicos argentinos, el pacto germano-soviético tuvo la virtud de demostrar lo que su prédica había señalado por años: un común totalitarismo, anticatolicismo y materialismo unía a ambos regímenes.³¹ Sin embargo, lejos de deducir de ello la necesidad de brindar su apoyo a las democracias occidentales, la postura de la Iglesia a lo largo de toda la guerra consistió en situarse discursivamente por encima de los contendientes, esforzándose por mantener en un mismo plano las condenas al liberalismo, el comunismo y el nazismo. La postura católica mayoritaria no se modificó tras la invasión nazi a la URSS. La guerra entre alemanes y soviéticos se debía, según *Criterio*, a que ambos regímenes compartían la ideología pagana de la fuerza, con lo que su enfrentamiento era inevitable, ya que “las ideas no cristianas conducen siempre a la guerra, tarde o temprano”.³² Sólo a partir de 1941 el reducido grupo de los católicos nucleados en torno a la revista *Orden Cristiano* –aparecida a mediados de ese año– manifestaba que se debía apoyar a todos los que combatieran a Alemania, inclusive a la Unión Soviética, debido a que “por el bien del cristianismo debemos levantar hoy barreras por todos lados contra el enemigo más poderoso y pérfido que se haya conocido jamás: el nazismo.”³³ Este grupo criticaba a aquellos nacionalistas y católicos que compartían el racismo nazi y que consideraban patriótico desear la muerte de los judíos en Europa y en Argentina. Para los católicos liberales, sacerdotes como Virgilio Filippo personificaban el “error nefasto” de apoyar al bando nazi en la guerra y “confundir a esa inmensa multitud de mentalidades inseguras, aturdidas por la propaganda totalitaria”. Filippo –un reconocido antisemita que difundía sus posiciones a través de programas radiales– había publicado un folleto, en el que no faltaban las caracterizaciones antisemitas, donde sostenía que la Rusia comunista continuaba siendo el principal enemigo del cristianismo (Filippo, 1941). La publicación denunciaba que posiciones de Filippo se agravaban por la condescendencia institucional de la Iglesia: “Todos estos errores, de grave importancia para el catolicismo y la Iglesia argentina en particular, se encuentran hermanados, de un modo sorprendente con la investidura sacerdotal del autor del

30 Santiago Luis Copello, Al regresar del conclave..., p. 124. Ver asimismo ídem, 1959. Oraciones por la Paz, en *Cartas Pastorales. Decretos y Documentos de su Eminencia el Cardenal Santiago Luis Copello*, Buenos Aires, Apostolado Catequístico, pp. 127-128.

31 Gustavo Franceschi, 1939. Hacia la catástrofe, *Criterio*, 24 de agosto, pp. 397-399.

32 1941. Pacto nazisoviético y quinta columna roja, *Criterio*, 10 de julio, p. 250.

33 1941. Nuestra posición, *Orden Cristiano*, año I, n° 1, 15 de septiembre, pp. 5-6.

panfleto, y la licencia eclesiástica otorgada a la publicación del mismo”³⁴. Refiriéndose a estos católicos aparentemente confundidos, el padre Carlos Cuchetti sostenía en un discurso pronunciado por Radio Mitre que, a “la luz del cristianismo el verdadero nacionalismo no odia (...) ni menosprecia al extranjero. No sostendrá esa tesis verduga de sentirse más patriota porque se grita valerosamente ‘mueran los judíos’”³⁵. Para este minúsculo grupo de católicos la “buena tolerancia” debía ser la antítesis de “la deificación de la Raza y de la Sangre”. Para ellos la única solución a los problemas contemporáneos se hallaba en un proyecto católico integral que permitiera la consideración –como manifestación de tolerancia– de la otredad judía.³⁶

Desde octubre de 1939, los periódicos israelitas y la gran prensa de Buenos Aires informaban sobre las persecuciones a los judíos polacos, la creación de ghettos y de campos de concentración y las frecuentes masacres, a las que se agregaron las noticias de los restantes países europeos a medida que iban siendo conquistados por Alemania. Con la invasión alemana a la URSS y el simultáneo inicio de las ejecuciones de hombres, mujeres y niños judíos, se agregaron las informaciones provistas por la prensa comunista, que daban cuenta, aún sin comprender en su totalidad el proceso de exterminio en marcha, de las atrocidades cometidas por los nazis, afirmando que “la persecución a los hebreos era y es espantosa”.³⁷

Ajenos a esta problemática, los redactores de *Criterio* no hicieron referencia alguna durante los tres primeros años de la guerra al proceso de exterminio de los judíos europeos, refiriéndose en cambio, en múltiples ocasiones, a las persecuciones y matanzas de los católicos polacos.³⁸

El 10 de junio de 1942 *La Nación* reproducía un comunicado del gobierno polaco en el exilio referido a la ola de terror que asolaba ese país. El comunicado, transmitido radiotelefónicamente por el General Sikorski, hacía referencia a los asesinatos en masa, la toma de rehenes, la existencia de campos de concentración, el enrolamiento forzoso de polacos en el ejército alemán y otros terribles sufrimientos del pueblo polaco. En relación a la persecución dirigida específicamente contra los judíos, decía el comunicado:

La población judía de Polonia está destinada a desaparecer, de acuerdo con la siguiente frase: ‘Todos los judíos deben ser degollados, no importa el resultado de la guerra’. Este año se han llevado a cabo verdaderas matanzas de decenas de miles de judíos en Lublin, Virgalow, Stanillowow, Rezezsow y Miechow. En los ‘ghettos’ la gente se muere de hambre. Se llevan a cabo ejecuciones en masa, y hasta los enfermos de tifus son fusilados.³⁹

34 Guillermina Oliveira de Ramos, 1941. Una incomprensible actitud, *Orden Cristiano*, año I, n° 1, 15 de septiembre, pp. 13-14.

35 Carlos Cuchetti, 1941. El falso nacionalismo. *Orden Cristiano*, año I, n° 2, 5 de octubre, p. 8.

36 Ver Agustín Luchía Puig, 1941. La buena tolerancia. *Orden Cristiano*, año I, n° 1, 15 de septiembre, p. 7.

37 1941. *La Hora*, 19 de julio, p. 5, 19 de septiembre, p. 3.

38 1939. *Criterio*, 9 de noviembre, pp. 227-229; 1940. 22 de febrero, p. 177. A partir del 29-2-1940, y por varias semanas, *Criterio* reprodujo los documentos vaticanos sobre la persecución anticristiana en Polonia.

39 1942. Polonia llama la atención sobre el terrorismo nazi. *La Nación*, 10 de junio, p. 3.

La declaración de Sikorski fue una de las primeras informaciones públicas acerca de la voluntad nazi de exterminar al pueblo judío, aun cuando ella limitaba tal designio a la población israelita de Polonia y desconocía los métodos empleados por los alemanes.⁴⁰

Sólo veinte días más tarde, *La Prensa* publicaba un artículo que informaba sobre la muerte de al menos un millón de judíos en Europa Oriental. La información, siguiendo fuentes del gobierno polaco en Londres y del Congreso Judío Mundial, daba cuenta de la ejecución sistemática de centenares de miles de judíos en Polonia, el encierro de millones en ghettos y campos donde sobrevivían en condiciones infrahumanas, el asesinato de niños, el trabajo esclavo, las deportaciones de judíos de toda Europa hacia el este. En el informe se sostenía que, según el Congreso Judío Mundial, el conjunto de las masacres formaban parte de la política proclamada por los nazis de que “el exterminio físico de los judíos debe ser de ahora en adelante el objetivo de Alemania y sus aliados.”⁴¹

Pocas voces católicas se hicieron escuchar en la ocasión: sólo Monseñor de Andrea y el sacerdote santafesino Adolfo Durán manifestaron su repudio al exterminio y su solidaridad con las víctimas.⁴² En ocasión de la visita a Buenos Aires del jesuita Pierre Charles, que en la prensa liberal y en su conferencia sobre el “El evangelio del odio”,⁴³ pronunciada en el mes de agosto, fustigó las persecuciones antisemitas del nazismo, *Criterio* mantuvo su silencio. *El Pueblo*, en cambio, consideró oportuno publicar la crítica de Virgilio Filippo a Pierre Charles, en la que sostenía que, aunque se diferenciaban del paganismo que sustentaba al racismo alemán, los judíos no sólo eran una “raza maldita” sino también “el grupo racista por excelencia”. Enfatizando la “perfidia” y “la inmoralidad” israelita, Filippo combinaba los argumentos católicos con los racistas para sustentar una larga y radicalmente antisemita tirada, en la que invertía los términos de la persecución:

Por pérfidos. Porque como dice San Pablo ‘son enemigos del género humano’, porque ponen el derecho de comerciar sobre todos los derechos, morales, sociales, familiares, políticos, económicos (...) carecen de sentido de patria, y de heroísmo y son geniales para maniobrar en las sombras y convertirse en perseguidores implacables del caído.”⁴⁴

40 Las primeras informaciones sobre el uso del gas como método nazi de exterminio fueron brindadas por *Mundo Israelita* en abril de 1942, cuando sostenían que 1.200 judíos holandeses enviados a las minas de azufre de Mauthausen habían muerto “después de haber padecido atroces sufrimientos, sin protección alguna entre la humareda de las minas o sirviendo de materia de experimento de gases venenosos”. En julio de ese año el diario informaba, citando fuentes polacas, que los nazis empleaban en algunos distritos cámaras portátiles de gases. Sólo en 1944 el diario comenzaría a referirse a las cámaras de gas como el método sistemático de exterminio empleado por el nazismo. *Mundo Israelita*: 1942. Para probar gases se emplean judíos, 4 de abril, p. 3; 700.000 judíos han muerto en Polonia bajo el régimen nazi, 18 de julio, p. 1; Sucedió en Treblinka. Por uno que huyó, 13 de mayo, pp. 4 y 5.

41 1942. Sigue en casi toda Europa ocupada la matanza de habitantes hebreos. *La Prensa*, 30 de junio.

42 OPCA, 1942. *La voz argentina contra la barbarie*. Buenos Aires: Alerta, pp. 17 y 19.

43 1942. Condenó el odio a los judíos y llamó a la fraternidad un ilustre prelado católico. *Mundo Israelita*, 15 de agosto, p. 1.

44 Virgilio Filippo, 1942. La Cuestión judía, en Cátedra del pensamiento católico mundial, *El Pueblo*, 20 de septiembre.

La primera intervención de *Criterio* en que se hizo mención a la persecución contra los judíos europeos tuvo lugar en el contexto del incremento de las deportaciones de los israelitas franceses.⁴⁵ Dicha mención se limitó a acusar a *La Prensa* por confundir a la opinión pública, ya que había colocado como título de una noticia: “El arzobispo de París expresó la lealtad de la Iglesia a Petain”, lo que podía, según el semanario católico, incitar al error a los lectores, debido a que, aunque la Iglesia debía lealtad a todo gobierno constituido, ello no quería decir que apoyara “las batidas contra los judíos”.⁴⁶

Sin embargo, esta declaración no implicaba la toma de una posición de principios contra el antisemitismo. En el mismo número de la revista se informaba que los católicos lituanos estaban siendo masacrados por la policía secreta soviética, la totalidad de cuyos miembros, sostenía, eran judíos.⁴⁷ Pocas semanas más tarde, Delfina Bunge de Gálvez lamentaba que los católicos antirracistas y antitotalitarios no incluyeran en sus críticas al liberalismo y al laicismo, sosteniendo en su argumentación que “ningún católico medianamente culto puede ignorar tampoco el esfuerzo judaizante para desmoralizar a las sociedades cristianas”.⁴⁸

La postura de los católicos opositores al nazismo y a su política antijudía era explícitamente condenada por los principales referentes de la Iglesia Institucional. En junio de 1942, *El Pueblo* desaconsejó la lectura de *Orden Cristiano* debido a que carecía de licencia eclesiástica, mientras los obispos de algunas diócesis lo incluyeron explícitamente en el índice. Cuando la publicación polemizó con *El Pueblo*, el propio Cardenal Copello prohibió su lectura a los fieles (Zanatta 1996, p. 282). En contraste con otros medios católicos, *Orden Cristiano* denunció enfáticamente durante todo el año 1942 las prácticas antisemitas del nazismo, reivindicando la línea de protesta seguida por el papa anterior, Pío XI, y rápidamente abandonada por su sucesor. Frente a un Vaticano silencioso sobre la *Shoa* y un papa esperanzado en la posibilidad de una rápida victoria nazi en Rusia que inaugurara un “nuevo orden”, los católicos liberales preferían sostener que “la Santa Sede ha condenado repetidas veces al Nacional Socialismo” e interpretar en esa clave el orden nuevo propuesto por Pío XII. Para ellos esta era la interpretación que el mismo Copello le había otorgado en su pastoral de Cuaresma al mensaje papal de la Navidad de 1941.⁴⁹ La lectura de esta pastoral permite comprobar que, lejos de una condena explícita al nazismo –inexistente en el mensaje papal–, Copello no mencionaba siquiera al régimen de Hitler y sostenía que la guerra se explicaba por “haber seguido las naciones caminos errados” y alejados de la religión.⁵⁰

45 cf. *La Prensa*, 12 de septiembre de 1942, *La Nación*, 12 de septiembre de 1942, *Libre Palabra*, 11 de septiembre de 1942.

46 1942. El arzobispo de París expresó la lealtad de la Iglesia a Petain, *Criterio*, 8 de octubre, p. 128.

47 1942. El aniquilamiento de una nación cristiana por Stalin, *Criterio*, 8 de octubre, p. 137.

48 Delfina Bunge de Gálvez, 1942. Catolicismo de guerra, *Criterio*, 22 de octubre, pp. 185-188.

49 Ver *Orden Cristiano*, año I, n° 13, 15 de marzo de 1942.

50 Santiago Luis Copello, Se debe volver a la fe en Dios (Pastoral del 2 de febrero de 1942) en *Cartas Pastorales. Decretos y Documentos de su Eminencia el Cardenal Santiago Luis Copello...* p. 152.

La efectiva preocupación del catolicismo liberal frente a las prácticas genocidas del nazismo se desarrollaba, sin embargo, en el seno de los límites del antijudaísmo tradicional de la Iglesia Católica. Hombres y mujeres en definitiva pertenecientes a su época y entroncados en una tradición doctrinaria que justificaba el carácter deicida y colectivamente culpable del pueblo judío, resultaba para ellos enormemente dificultoso pensar la cuestión sin desligarse completamente de los arquetipos católicos al respecto.⁵¹

De manera recurrente, los católicos liberales citaban como referente al ya fallecido Pío XI. En esos años circulaban rumores –que hoy sabemos eran veraces– que sostenían que dicho Pontífice había encargado antes de morir una encíclica crítica de la victimización nazi de los judíos. Como lo demuestran investigaciones historiográficas recientes, ni siquiera los borradores de esa encíclica secreta, que fue rápidamente archivada por el nuevo papa Pío XII, estaban exentos, más allá de sus buenas intenciones, de la perspectiva antijudía tradicional de la Iglesia (Marrus 1997).

Si bien para los católicos liberales la ideología racial del nazismo era la causa de la “generalización del antisemitismo en Alemania”⁵² y su denuncia un elemento fundamental de su compromiso como católicos, existían límites que resultaban infranqueables para su percepción. A pesar de emprender un gran esfuerzo por comprender la irracionalidad de las prácticas racistas, el sacerdote Antonio Van Rixtel, coincidía con el argumento esgrimido por Franceschi años antes, pues asumía como propias las afirmaciones nacionalsocialistas acerca de “la responsabilidad política” de los judíos alemanes por el tratado de Versalles.⁵³

Para un católico liberal como Agustín Luchia Puig era importante demostrar que “los agentes del judaísmo” eran menos peligrosos que el régimen de Hitler, ya que entendía que: “El enemigo n° 1 del cristianismo es hoy el nazismo”. Para el sacerdote, el judaísmo ya no representaba un verdadero peligro en una Europa dominada por los nazis. Tampoco, según él, los judíos podían representar un peligro en la España nacionalista, Portugal o Rusia, siendo ésta última una potencia que se había unido unos años antes con los nazis “en un común odio hacia Israel”. Para el sacerdote, en la Inglaterra de Churchill tampoco los judíos eran poderosos y no representaban peligro alguno:

Pero francamente ;representa bien, Mr. Churchill, al judaísmo: es decir, a ese conjunto, no ya de antiguos ritos, sino de concepciones puramente materialistas de la vida, por las que se ha dado en definir al actual judaísmo? ;Valiente judaísmo el suyo, que le ha llevado a orar al pie de los altares –no de los nuestros, es verdad– mas donde no se ul-

51 Recién en 1963, el Concilio Vaticano II celebrado por la Iglesia Católica aprobó la declaración *Nostra Aetate* en la cual se revocó el cargo de deicidio y sólo en 1998 la Iglesia Católica reconoció su carga de responsabilidad en relación con la *Shoa*. Para un análisis de la imposibilidad histórica (con anterioridad a 1963) de los católicos para pensar completamente el judaísmo en términos dialógicos, ver Burucúa (1999).

52 Antonio Van Rixtel, 1942. La Teoría de la Raza el Antisemitismo y la Iglesia. *Orden Cristiano*, año II, n° 26, 1 de octubre p. 3.

53 Antonio Van Rixtel, 1942. El Antisemitismo y la Iglesia Católica. *Orden Cristiano*, año II, n° 27, 15 de octubre , pp. 7-9.

traja, no, al Dios-hombre que nació en Belén (...) que al contrario, inspira a ese 'judío' palabras de fraternidad y humildad, tan poco a tono con un auténtico judaísmo.⁵⁴

Según Luchia Puig, no era posible negar lo maligno de los anteriores designios de "ese judaísmo moderno" que "al entrar en contacto con los principios de la Revolución Francesa" había:

... penetrado de su espíritu nuestra vida, al reinar en el cine, en la prensa, en la radio, y consecuentemente en las modas, en las costumbres de nuestros países de tradición cristiana porque hispánica. Mas, en nuestros días, por el hecho ese que todo lo ha cambiado, de esta guerra mundial ¿entraña el judaísmo la misma fuerte amenaza de lo nuestro como por ejemplo antes de la presente conflagración? ¿Tiene intacto su poder de otras horas?

Para este católico liberal que participaba del pequeño grupo que se oponía decididamente al nacional socialismo, el rechazo del antisemitismo asesino de los nazis sólo se podía explicar a partir de una lógica antijudía. Los judíos perseguidos por el nazismo ya no podían causar los mismos efectos negativos del pasado. La guerra y el genocidio en marcha eran un argumento para aceptar "al judío", no porque se tuviera de él una valoración positiva, sino a partir de la confirmación de que ahora era inocuo: "Lo contemplamos hoy perseguido (...) y se nos aparece, por otra parte, demasiado ocupado por sobrevivir él mismo como para pretender comunicar a otros vida."⁵⁵

Mientras *Criterio* se desentendía de la tragedia del judaísmo europeo y esporádicamente sustentaba posturas antisemitas, otros sectores del catolicismo asumían posiciones de abierta complicidad con la política antijudía del régimen de Vichy. Tal es el caso de un católico nacionalista, el sacerdote Gabriel Riesco, que sostenía en un libro aparecido en 1942, con el respaldo de la licencia eclesiástica, que el liberalismo, la masonería y el judaísmo perseguían al catolicismo con más saña que nunca, y agregaba: "Pruebas? Ahí tenemos los gobiernos del General Franco, de Oliveira Salazar, del Mariscal Petain. ¿De qué medios no se han valido el judaísmo y la masonería para hacerles imposible la vida?" (Riesco 1942, p. 42).

El 2 de diciembre de 1942 se realizó una jornada mundial de duelo por las víctimas judías del exterminio nazi. En la Argentina, la DAIA convocó a adherir a la medida, a través de un cese de actividades y de la participación en ceremonias religiosas, lo que recibió la adhesión del Comité contra el Racismo y el Antisemitismo y la unánime solidaridad de la prensa liberal.⁵⁶ Solamente un alto dignatario eclesiástico, el Arzobispo de San Juan, Monseñor Audino Rodríguez y Olmos, hizo llegar en la ocasión una carta de solidaridad a la comunidad judía.⁵⁷

54 Agustín Luchia Puig, 1942. El Judaísmo ¿Enemigo nº 1?. *Orden Cristiano*, año I, nº 13, 15 de marzo, p. 8.

55 Ídem.

56 *Mundo Israelita*, 5 de diciembre de 1942, p. 1; *La Prensa*, 2 de diciembre de 1942, p. 3, *Crítica*, 1º de diciembre de 1942, *La Nación*, 2 de diciembre de 1942.

57 La carta en que Rodríguez y Olmos manifestaba su solidaridad con las víctimas fue reproducida por el diario católico de Córdoba *Los Principios* el 7 de enero de 1943 (Ben-Dror 1996, p. 210-211). Algunos años

Ese mismo día se conocía en la Argentina que los gobiernos estadounidense, polaco, checo y yugoslavo habían avalado oficialmente las noticias sobre el exterminio de los judíos europeos.⁵⁸ Mientras *Criterio* mantenía su silencio, una larga nota de Luis Barrantes Molina en *El Pueblo* fijaba la posición del vocero del Arzobispado de Buenos Aires. Pese a condenar la destrucción del judaísmo europeo, condenando para ello el racismo y reivindicando de la ortodoxia tomista la idea de que los hebreos eran “testimonios vivientes de la exactitud admirable de las profecías bíblicas”, el artículo de Barrantes Molina estaba repleto de acusaciones antisemitas:

Esta estimación no impide que reconozcamos con sinceridad y libertad de espíritu que algunos judíos han podido ser considerados indeseables en Alemania, por conveniencias exclusivamente económicas y sociales, como lo fueron en España y en otras naciones. Los judíos pueden haber sido considerados peligrosos en Alemania por su excesivo número y por los cargos y profesiones elevadas y de gran influencia que en un gran porcentaje ejercían dentro de la población nacional, pero su peligrosidad no estaría en ese caso en las cualidades de inteligencia y de carácter que les permitieron ascender en la escala social y económica, sino en no haber identificado completamente sus intereses con los del país en que vivían y prosperaban. Se les acusa, además, de cierta amoralidad, especialmente en el ejercicio del comercio. En las naciones católicas dieron ejemplo pernicioso de exclusiva dedicación a actividades lucrativas, dejando descuidados los supremos intereses de la conciencia, del alma y de la vida futura, siendo así elementos de indiferentismo religioso. Se les tacha de propender a las ideas socialistas y comunistas, a pesar de que por su carácter son enérgicamente constructores del capital privado. A los que vivían en Berlín se les ha acusado también de actuar en empresas de desmoralización, generalmente con fines lucrativos, como de formar asociaciones nudistas, de imprimir y vender libros pornográficos, de fomentar el teatro realista, de ser empresarios de casas destinadas al vicio y al escándalo.⁵⁹

Al igual que Franceschi, Barrantes Molina combinaba un repudio a los métodos criminales del nazismo con una comprensiva actitud frente a lo que entendía era la originalidad judeo-causal del antisemitismo alemán. Por ello sostenía que “Si estas acusaciones son veraces, el gobierno de Alemania, como el de cualquier otra nación, habría estado en su derecho al tomar disposiciones de higiene y defensa social, en la medida que estas fueran necesarias para la paz, el orden y el bien común.”

Tales medidas, empero, hubieran debido evitar las inculpaciones colectivas: “debe instruirse un proceso a cada persona a fin de que no sea castigado ningún inocente”.⁶⁰

En la misma semana, el papa se refería a su conmoción por las víctimas y los daños materiales provocados por la guerra, en un discurso en el que, aunque no mencionaba explícitamente al nazismo ni a sus víctimas se refería en términos implícitos al exterminio de los judíos europeos.⁶¹ La interpretación dada por *El Pueblo* a las palabras del

antes, cuando era Obispo de Santiago del Estero, Rodríguez y Olmos había enviado su bendición a los lectores católicos de la revista pronazi *Clarínada*. Ver *Clarínada*, año II, n° 24, 31 de marzo de 1939, p. 5.

58 *Noticias Gráficas*, 2 de diciembre de 1942.

59 Luis Barrantes Molina, 1942. Ante la cuestión judía, *El Pueblo*, 7 y 8 de diciembre, p. 8.

60 El artículo de Barrantes Molina recibiría una severa crítica en: 1942. La cuestión judía vista por un católico, *Mundo Israelita*, 12 de diciembre, p. 1.

61 1942. El dolor del papa, *El Pueblo*, 10 de diciembre, p. 9. Desde octubre Pacelli contaba incluso con información detallada sobre el gaseo de judíos en Polonia; ver Lichtenstein 1980, p. 173.

Pontífice se alineaba con las posiciones defendidas por años por los católicos argentinos: aunque el papa no actuaba a favor del Eje ni de los Aliados, “se reservaba el derecho de llamar a la injusticia y a la violencia por su nombre” a través de los mensajes enviados a las potencias en conflicto, destacando la intercesión del Vaticano en la protección de los judíos de Eslovaquia. Ello no implicaba, continuaba *El Pueblo*, que el Vaticano hubiera dejado de considerar el comunismo como el principal enemigo.⁶² Una reafirmación doctrinaria de similar naturaleza fue expuesta en la Pastoral Colectiva del Episcopado Argentino del 14 de diciembre de 1942, en la cual se repetían, en un mismo plano, las condenas al liberalismo, al comunismo, al socialismo y a “el totalitarismo en todas sus formas” que “atenta contra la dignidad humana” y al racismo materialista “que es la negación de todo el orden espiritual”⁶³. Pese a que la Pastoral estaba dedicada en gran parte a la guerra, el exterminio de los judíos europeos no fue mencionado, prefiriendo los obispos, en cambio, dedicar censuras explícitas a la inmoralidad reinante en los balnearios o los bailes.

La confirmación plena acerca del exterminio de los judíos, formulada simultáneamente en Washington, Moscú y Londres el 17 de diciembre de 1942 fue publicada por *El Pueblo* sin agregar comentario alguno, mientras *Criterio* no hizo mención alguna a la noticia.⁶⁴ Lejos de asumir una condena plena, el diario católico publicaba un artículo en el que se negaba la existencia misma del exterminio, pues se sostenía que la campaña iniciada en Estados Unidos y en Inglaterra sobre la persecución a los judíos era un engaño, afirmando que: “han recibido un trato que no es por cierto el de la destrucción total y del exterminio brutal, que se atribuye en las noticias de referencia”, agregando que:

Los anuncios de masacres en Polonia carecen totalmente de fundamentos. Basta considerar que en la industria de guerra alemana trabajan actualmente muchos miles de israelitas, para caer en la cuenta de que la destrucción sistemática de estos núcleos raciales no interesa al Reich.⁶⁵

Aunque sin repetir estas posturas, Barrantes Molina reiteraba días después su condena a las “herejías e instituciones que combaten la doctrina de Cristo y su influencia en la sociedad, como son el liberalismo, el socialismo, el laicismo, la masonería y el judaísmo anticristiano” en su crítica a un manifiesto firmado por católicos norteamericanos en que se censuraba al nazismo, a los que les reprochaba una supuesta parcialidad que redundaba en beneficio de los enemigos de la Iglesia.⁶⁶

62 1942. La absoluta imparcialidad del papa, *El Pueblo*, 15 de diciembre, p. 8.

63 1942. Pastoral Colectiva del Episcopado, *El Pueblo*, 15 de diciembre, p. 1 y 2; 1942. Pastoral Colectiva, *Criterio*, 24 de diciembre, pp. 402-403.

64 1942. Eden habló sobre la denuncia de que Alemania proyecta exterminar a los judíos de Europa, *El Pueblo*, 18 de diciembre, p. 3. Los aliados habían intentado convencer a Pío XII de que se asociara a la declaración del 17 de diciembre, pero el papa se negó pues considero que era “exagerada” en su descripción de las atrocidades (Gilbert 1981 pp. 104-105).

65 Jacques Peireir Lacroix, 1942. Comentarios infundados, *El Pueblo*, 25 de diciembre, p. 4.

66 Luis Barrantes Molina, 1942. Un manifiesto firmado por intelectuales, *El Pueblo*, 26 y 27 de diciembre, p. 9.

Pasado este período, las publicaciones católicas sólo harían mención de manera esporádica a las persecuciones contra los judíos a lo largo del año 1943, resultando, en cambio, mucho más frecuentes las informaciones sobre las persecuciones a los católicos en Rusia y Polonia y sobre el descubrimiento de las fosas comunes de Katyn. Las referencias a los asesinatos de judíos en Europa no daban cuenta en aquel momento de las intenciones de exterminio del nazismo, siendo generalmente de un tono menos directo que elíptico. De tal modo, si se encontraban alusiones al sufrimiento de los israelitas en el seno de artículos de índole teológica sobre la conversión de los judíos o llamados a “alentar a los que lloran en Sión”⁶⁷, no era posible hallar en las páginas de *El Pueblo* o de *Criterio* referencias de tipo explícito al exterminio.

En cambio, un modesto boletín parroquial informaba, sobre la base de las noticias originadas en la Casa Generalicia de la Sociedad Salesiana en Roma, que: “De los tres grupos en que teóricamente están divididos los prisioneros de Oswiecim –recluidos políticos, clérigos y judíos– se sabe que de los últimos ninguno deja el campo con vida”.⁶⁸ En la misma dirección, el grupo nucleado en torno a *Orden Cristiano* expresó su sentido dolor por la masacre de los judíos y denunció en términos explícitos el “exterminio israelita”.⁶⁹ Resultaba esta una noticia poco habitual para el período, en función de dos factores diferenciados. En primer lugar, debido a que la información sobre el exterminio en el campo de Auschwitz era esporádica y, a pesar de determinados indicios, la terrible realidad de este campo no era conocida en Occidente. En este sentido, resulta significativo que cuando *La Nación* informó –mediante un cable de la agencia Reuter– sobre la reclusión de Blum en Majdanek, agregó “... que llegó recientemente a ese campamento, que rivaliza en crueldad con el ya famoso de Oswiecim, donde el promedio mensual de muertes es de 300”.⁷⁰ Estas cifras –que podían resultar aterradoras– no permitían siquiera imaginar la dimensión de la matanza que se estaba desarrollando en Auschwitz, pues de hecho el día en que *La Nación* publicó dicha noticia 3.800 judíos y judías procedentes de Salónica fueron asesinados en las cámaras de gas de ese campo (Czech 1990, p. 399).

El segundo factor a considerar es la escasa predisposición de la gran prensa a informar sobre el genocidio que se estaba desarrollando en Europa, lo que provocó el reproche de *Mundo Israelita*.⁷¹ De tal modo, en este período el silencio acerca del exterminio de los judíos europeos no resultó una particularidad de la prensa católica sino la regla general.

67 1943. Conversión de Israel, *El Pueblo*, 2 de mayo, p. 9; Francisco Tessi, 1943. El optimismo y el valor cristiano. *Criterio*, 1 de abril, p. 305-308.

68 1943. *El Templo de San Carlos*, n° 2087, 5 de marzo.

69 Ver: 1943. Salmo doliente para Israel. *Orden Cristiano*, año II, n° 41, 15 de mayo, p. 8; 1943. Exterminio israelita. *Orden Cristiano*, año II, n° 45, 15 de julio, p. 19.

70 1943. M. Blum está en un campo de concentración. *La Nación*, 16 de mayo, p. 2.

71 1943. *Mundo Israelita*, 6 de marzo, p. 3.

Sólo en abril de 1944, cuando los planes nazis de exterminio de los judíos habían alcanzado en buena medida su concreción –y tras el aval de la Iglesia Católica de la Argentina a la ruptura de relaciones con el Eje– (Zanatta 1996, pp. 127-131), la publicación oficial del Arzobispado de Buenos Aires hizo su primer intervención al respecto, publicando un artículo en el que se consideraba a los judíos como a prójimos, se condenaba el “antisemitismo bárbaro” y se señalaba: “La historia nos enseña que la persecución contra los judíos prepara, en general, la persecución contra los católicos.” Ello no implicó, sin embargo, el abandono de la tradicional prevención católica frente a los judíos: para defender a un pueblo “que tuvo en otros tiempos y tiene hoy día grandes injusticias” no se debía caer en una “terneza sin límites”, recordando el derecho a la “legítima defensa” ante las amenazas en el orden comercial y social que, en su óptica, representaban los israelitas.⁷² Ese mismo mes, Gustavo Franceschi mostró su compasión ante el destino individual de algunos intelectuales como Stefan Zweig o René Schwob, preguntándose con aire candoroso: “¿Quién sabe lo que con la ocupación total de Francia se ha hecho de este excelente escritor que es hebreo convertido?” (Senkman 1991, p. 139).⁷³ Sólo en agosto de 1944, Franceschi consideró que “había que de dejar de ser indiferentes” porque en esos días se estaba “jugando el drama capital de la historia”, aunque sin decir una sola palabra sobre los campos de exterminio.⁷⁴ Recién al finalizar la guerra, Franceschi haría una referencia explícita al Holocausto, no dejando de lado, siquiera en esa oportunidad, sostener que se hallaba “lejos de afirmar que estuvieran faltos los alemanes de quejas contra la estirpe judía”:

Pero de todos modos, y aún cuando las culpas de esas gentes hubieran sido cien veces mayores de las que realmente eran, nada de ellos justificaría la técnica antihumana y anticristiana que no sólo contra los varones sino también contra las mujeres y niños inocentes se empleó” (...) “Se atacó despiadadamente a los judíos en su honor”(…) “Y sobre todo, después de iniciada la guerra, se los asesinó sin piedad” (...) “Más de cuatro millones de hebreos, según datos fehacientes, han perecido a manos totalitarias durante los cinco años de la guerra.”⁷⁵ (Franceschi 1945, pp. 27-29).

Pese a que Franceschi destacaba en esta intervención la protección del papa al Gran Rabino de Roma, no introdujo ninguna reflexión sobre la responsabilidad que le había cabido a la Iglesia argentina con su insistencia en que no se permitiera el ingreso de refugiados judíos al país, impidiendo, de tal modo, que miles de vidas fueran salvadas.

Sin embargo, el pesar de Franceschi contrastaba con la absoluta ausencia de conmiseración cristiana ante el exterminio del “Israel carnal” de Julio Meinvielle, que aun en los tramos finales de la Segunda Guerra Mundial seguía denominando al judaísmo “sociedad del diablo”. El sacerdote consideraba que persistían los dos enemigos de la

72 1944. Quién es mi prójimo, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, n° 539, abril.

73 Gustavo Franceschi, 1944. Hacia dónde ir, *Criterio*, 13 de abril, p. 392. Para un análisis de esta intervención del director de *Criterio*, Senkman 1991a, p. 139.

74 Gustavo Franceschi, 1944. Polonia en el mundo, *Criterio*, 21 de agosto, pp. 269- 274.

75 Gustavo J. Franceschi, 1945, pp. 27 a 29.

Iglesia, el paganismo y el judaísmo, considerando que este último era el más peligroso debido a que manejaba la economía, la prensa y las masas del mundo, sabía disimular sus planes de odio y era “fundamentalmente racista”. En cambio, ninguna alusión al Holocausto salió de sus labios.⁷⁶ En similar posición se ubicaba el sacerdote Gabriel Riesco, que en 1944 sostenía que la expulsión de los judíos de España constituía el modelo de solución católica del problema judío, abogando desde un texto con licencia eclesiástica, por su puesta en práctica en Argentina (1942, pp. 94-98).

CONCLUSIONES

En un informe de la embajada de la Alemania nazi en Buenos Aires redactado aproximadamente en 1940, se sostenía que la Iglesia Católica con su “benevolente posición neutral” era uno de los principales factores de difusión del antisemitismo en Argentina. Sin embargo, se le reprochaba que, al no apoyar explícitamente “las medidas de Alemania contra los judíos”, terminara por “practicar el mismo juego que los judíos”.⁷⁷ Es importante notar que, pese a reconocer la importancia de la Iglesia católica en la difusión del antisemitismo, la percepción del anónimo autor de este informe nazi era incorrecta en su apreciación de las relaciones entre católicos y judíos. La Iglesia argentina entre 1933 y 1945 estuvo lejos de denunciar el genocidio en marcha y solidarizarse con sus víctimas, la gran mayoría de los católicos argentinos mantuvieron, a lo largo de toda la guerra, su negativa a que el país abriera sus puertas a los refugiados e insistieron en que la causa de las persecuciones residía en las propias acciones del judaísmo. El exterminio no fue denunciado de modo explícito por la jerarquía eclesiástica ni por los principales órganos del catolicismo argentino. Una excepción llamativa, aunque minoritaria, fue la de los católicos liberales, cuya condena al nazismo y al genocidio no estuvo, sin embargo, exenta de las tradicionales perspectivas antijudías de la Iglesia Católica.

Las percepciones y reacciones de los católicos argentinos frente al Holocausto abarcaron una amplia y compleja gama ideológica que iba desde su denuncia hasta la negación del exterminio y desde la condena al nazismo hasta la aprobación de sus políticas antisemitas.

A partir del análisis realizado, es posible sostener que las actitudes mayoritarias de la jerarquía católica argentina y sus medios de comunicación tuvieron amplias coincidencias con las políticas vaticanas al respecto, lo que contribuye a demostrar el amplio grado de “romanización” de la Iglesia argentina. Al respecto, resulta sumamente

76 Julio Meinvielle, 1945. Los dos pueblos del gran seductor, *Nuestro Tiempo*, año 2, n° 28, 30 de marzo, pp. 17-18.

77 Ver el documento en castellano en: 2000. *Espacios de Crítica y Producción*, n° 26. Para un análisis del documento ver Finchelstein y Speyer 2000. Agradecemos al profesor Haim Avni el hecho de habernos llamado la atención sobre la importancia de este documento, cuya versión original en alemán es: Anónimo, ca. 1940. Die Judenfrage in Argentinien. AA/PA, Inland II A/B, Akten betr. Judenfrage in Argentinien.

representativo el caso de Gustavo Franceschi, quien adoptó e incluso profundizó en términos explícitos la estrategia de Pío XI de denuncia del nazismo al condenar en 1933 la victimización de los judíos como un aspecto central del nazismo para, luego de la asunción de Pío XII en 1939, guardar un llamativo mutismo sobre el exterminio, coincidente con la nueva política vaticana sobre la cuestión. Cuando a fines de la guerra, el Vaticano y el Episcopado argentino matizaron esta postura, reconociendo parcialmente la existencia del genocidio, Franceschi finalmente decidió condenar el Holocausto, sin abandonar por ello su perspectiva antisemita, ya que, situándose en un lugar de enunciación putativamente por encima de las víctimas judías y sus victimarios alemanes, pensaba que las dos categorías, aunque con distinta intensidad, se aplicaban a ambos.

La posición marcadamente anticomunista de la Iglesia argentina coincidía con la política seguida por el Vaticano. Esta política informaba la percepción romana y su reacción frente al genocidio, ya que una condena explícita de éste hubiera afectado su posición neutral en la guerra. Consideraciones políticas de esta índole se sumaban al extendido antisemitismo del catolicismo argentino para explicar la ausencia de una condena al genocidio, mientras su presencia en las actividades de solidaridad con las víctimas del exterminio se tornaba absolutamente impensable, ya que éstas contaban con la adhesión de liberales, socialistas y comunistas, sectores a los que la Iglesia condenó en reiteradas ocasiones.

El análisis del caso particular de las percepciones y reacciones del catolicismo argentino frente al Holocausto permite reconocer en esas instancias del pasado un precedente de dos elementos trágicos relacionados con la actitud de la Iglesia durante la última dictadura militar: la indiferencia frente a las víctimas y su culpabilización.

BIBLIOGRAFÍA

- ALY, Götz, 1999. *'Final Solution'. Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews*, London: Arnold Publishers.
- BANKIER, David, 1990. The Germans and the Holocaust: What did they know. *Yad Vashem Studies*, XX, pp. 69-98.
- 1994. German Public Awareness of the Final Solution. En: David CESARANI (ed.), *The Final Solution. Origins and Implementation*. London: Routledge, pp. 215-227.
- BEN DROR, Graciela, 1993. La conferencia de Evián: el periodismo católico argentino y la conformación de la opinión pública. En: *Judaica Latinoamericana II*, Jerusalén, pp. 87-97.
- 1996. The Catholic Church in Argentina and the confirmed reports of the extermination of european jews. *Yad Vashem Studies*, XXV, pp. 197-228.
- BREITMAN, Richard, 1998. *Official Secrets. What the Nazis Planned, What the British and Americans Knew*. New York: Hill and Wang.
- BROWNING, Christopher, 2000. *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BUCHRUCKER, Cristián, 1987. *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana.

- BURUCÚA, José Emilio, 1999. Goldhagen y la Culpa Colectiva. Reflexiones de un gentil. En: Federico FINCHELSTEIN (ed.), *Los Alemanes, el Holocausto y la Culpa Colectiva*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 165-195.
- CAIMARI, Lila, 1995. *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y Sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires: Ariel.
- COPELLO, Santiago Luis, 1959. Oraciones por la Paz. En: *Cartas Pastorales. Decretos y Documentos de su Eminencia el Cardenal Santiago Luis Copello*. Buenos Aires: Apostolado Catequístico.
- CZECH, Danuta, 1990. *Auschwitz Chronicle 1939-1945*. London: Tauris & Co.
- ESCODÉ, Carlos, 1983. *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949*. Buenos Aires: Ed. de Belgrano.
- FEIERSTEIN, Daniel y GALANTE, Miguel, 1999. Argentina and the Holocaust: The conceptions and Policies of Argentine Diplomacy, 1933-1945. *Yad Vashem Studies*, XXVII, pp. 157-202.
- FILIPPO, Virgilio, 1939. *Los judíos. Juicio histórico científico que el autor no pudo transmitir por L.R. 8 Radio París*. Buenos Aires: Tor.
- 1941. ¿Con quién está Ud.? Juicio crítico sobre la situación actual. Buenos Aires: Ediciones Católicas Argentinas.
- FINCHELSTEIN, Federico y SPEYER, Esteban, 2000. El hilo pardo: una mirada nazi sobre Argentina. *Espacios de Crítica y Producción*, n° 26, pp. 83-85.
- FRANCESCHI, Gustavo, 1940. *Totalitarismo, liberalismo, catolicismo*. Buenos Aires: Asociación de los Jóvenes de la Acción Católica Argentina.
- 1945. *Obras Completas*, tomo tercero. *Totalitarismos I: Nacionalsocialismo y fascismo*. Buenos Aires: Difusión.
- FRIEDLÄNDER, Saúl, 1964. *Pie XII et le III Reich*. Paris: Seuil.
- 1998. *Nazi Germany and the Jews. The years of persecution, 1933-1939*. New York: Harper Perennial.
- GILBERT, Martin, 1981. *Auschwitz and the Allies*. New York: Henry Holt & co.
- HILBERG, Raul, 1985. *The Destruction of the European Jews*. New York: Holmes & Meier.
- LAQUER, Walter, 1980. *The Terrible Secret, Suppression of the Truth about Hitler's Final Solution*. Boston: Little Brown.
- LICHTENSTEIN, Heiner, 1980. *Warum Auschwitz nicht bombardiert wurde*. Köln: Bund Verlag.
- LVOVICH, Daniel, 2003. *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones B.
- MARITAIN, Jacques, 1938a. El imposible antisemitismo. En: CLAUDEL, Paul et al., *Los Judíos*, Buenos Aires: Hachette.
- 1938b. *Los judíos entre las naciones*. Buenos Aires: Sur.
- MARRUS, Michael, 1989. *The Holocaust in history*. New York: Meridian.
- 1997. The Vatican on Racism and Antisemitism, 1938-39. A New Look at a Might-Have-Been. *Holocaust and Genocide Studies*, vol. 11, n° 3, pp. 378-395.
- MCGEE DEUTSCH, Sandra, 1999. *Las derechas. The extreme right in Argentina, Brazil and Chile, 1890-1939*. Stanford: Stanford University Press.
- MEINVIELLE, Julio, 1936. *El judío*. Buenos Aires: Antídoto.
- 1937. *Los tres pueblos bíblicos en su lucha por la dominación del mundo*. Buenos Aires: Adsum.
- RAPOPORT, Mario, 1981. *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas, 1940-1945*. Buenos Aires: Ed. de Belgrano.
- 1988. ¿Aliados o neutrales? Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial. Buenos Aires: Eudeba.
- RIESCO, Gabriel, 1942. *El catolicismo y los errores modernos*. Buenos Aires: Grupo de Editoriales Católicas.
- 1944. *El destino de la Argentina*. Buenos Aires: Grupo de Editoriales Católicas.
- RISSECH, Elvira, 1986. Inmigración judía a la Argentina 1938- 942: entre la aceptación y el rechazo. *Rumbos*, n° 15, Jerusalén, pp. 91-113.
- ROMERO, Luis Alberto, 1999. Una nación católica: 1880-1946. En: Carlos ALTAMIRANO (ed.), *La Argentina en el siglo xx*. Buenos Aires: Ariel, pp. 314-324.

- SENKMAN, Leonardo, 1991a. *Argentina, la segunda guerra mundial y los refugiados indeseables*. Buenos Aires: GEL.
- 1991b. Argentina's Immigration Policy during the Holocaust (1938-1945). *Yad Vashem Studies*, XXI, pp. 155-188.
- ZANATTA, Loris, 1996. *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- 1999. *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*. Buenos Aires: Sudamericana.

